

JOSÉ CADALSO: UNA REFERENCIA BIOGRÁFICA.

José Luis Romero Caramé

Literariamente se le considera como un pre-romántico, pero su vida fué plenamente la de un romántico. José Cadalso y Vázquez nació en Cádiz el 8 de Octubre de 1741. Su madre murió a consecuencia del parto lo que le convirtió, además de huérfano, en hijo único de un padre rico con negocios en América, que tardó 13 años en conocerle. Se encargó de su educación un tío suyo, el Padre Mateo Vázquez, hombre de letras que llegó a ser rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Cádiz. El fué quien envió al futuro escritor a estudiar a Francia al Colegio de Luis el Grande, también de jesuitas, y donde tuvo de preceptor al famoso padre Latour, protector de Voltaire en su incorporación a la Academia.

Vuelto el padre de las Indias, desembarcó en España y se dirigió a París a conocer a su hijo. Y, ansioso siempre de nuevos ambientes, marchó después a Inglaterra, que le entusiasmó tanto que llamó con él a Londres al educando, que así llegó a hacerse también con el

idioma inglés. Tras otro año de estancia en París, pasando por Holanda, regresó por fin a España el joven cosmopolita, entrando en un país que, según él mismo declara, le era *“totalmente extraño ya que costumbres, lengua, trajes, todo era nuevo para él, que había salido de niño de España y volvía con todo el desenfreno de un francés y toda la aspereza de un inglés”*.

En 1762 ingresó en el ejército como cadete. En 1764 ya era capitán y en 1777 comandante. Carrera militar meteórica pero que a sus ímpetus parecía lenta, por lo que la acompañó de una vida social intensa y sus incursiones en el campo de la literatura, en el que le introdujo Jovellanos. Se arma caballero de la Orden de Santiago, cultiva la amistad del Conde de Aranda y entabla relaciones con Iriarte y Nicolás Fernández de Moratín. En 1776 se publica en Madrid un libelo anónimo con el título de *“Calendario manual y guía de forasteros en Chipre”*, donde se hacía una descripción de las costumbres amorosas

típicas de la sociedad dieciochesca, conocidas con el nombre de "cortejos". Según el propio Cadalso "el público me hizo el honor de atribuírmelo diciendo que era muy chistoso". Como consecuencia de ello, tuvo que salir "empeñado, pobre y enfermizo", desterrado a Zaragoza.

Durante su destierro escribe su único libro de poesías, "Ocios de mi juventud", que publica en 1773 cuando ya había vuelto a Madrid. En 1770 regresa a Madrid como secretario de un Consejo de Guerra, y permanece hasta 1772, siendo esta la época de su mayor actividad como escritor y cuando se produce uno de los episodios más significativos de su vida romántica y de inmediata repercusión literaria. Vive unos amores intensos y apasionados con la actriz María Ignacia Ibáñez, de breve duración porque la actriz murió en 1771, a los 25 años de edad. Su muerte dió lugar a una leyenda de marcado sabor romántico. Se dijo que Cadalso había intentado desenterrarla para llevársela con él, y ese es el origen, como veremos más adelante, de las "Noches lúgubres". El escándalo se acalló gracias a la intervención del conde de Aranda, y en 1773-74 va destinado a Salamanca donde emprende una profunda amistad con Juan Meléndez Valdés que estudiaba en esa Universidad. Luego pasa destinado a Extremadura donde pide varios destinos sin conseguirlos, lo que debilitó su antiguo entusiasmo militar. Por fin, en 1777, le nombran comandante de escuadrón.

En su deseo de ganar méritos pide intervenir en el sitio de Gibraltar en 1779, y consigue participar como ayudante de campo del general español. Inspeccionando la línea del frente, en la noche del 26 de Febrero de 1782 (hace ahora 208 años), un casco de granada le hirió en la cabeza y le causó la muerte casi instantánea.

Tenía sólo 40 años y apenas hacía un mes que había ascendido a coronel.

Hemos mencionado antes que su estancia en Madrid entre 1771 y 1774 es la de su mayor actividad literaria. Publica "Ocios de mi juventud" y su única obra teatral, "Don Sancho García", aunque él se refiere varias veces a otras dos que sin duda se perdieron.



José Cadalso y Vázquez.

"Don Sancho García" le vincula también con nuestra comarca porque relata cómo Doña Ava, condesa viuda de Castilla, madre de Don Sancho y amante de nuestro paisano Almanzor, intenta envenenar a su hijo, pero finalmente es ella la que bebe la pócima y muere. En esta época escribe "Los eruditos a la violeta", las "Cartas marruecas" y las "Noches lúgubres", tres obras muy distintas entre sí y las más significativas e importantes debidas a su pluma.

"Los eruditos a la violeta" es una sátira breve y ligera contra un tipo de educación que él, por su estancia juvenil en el extranjero, no padeció: la erudición meramente superficial. El contenido de la obra queda retratado en el subtítulo con que lo bautizó: "Curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana, publicado en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco".

Las "Cartas marruecas" presentaban, bajo el género epistolar tan en boga desde "Las cartas persas" de Montesquieu, una visión de los problemas de España, cuya sociedad, historia e instituciones se pone en entredicho

desde una dimensión moral. Es, indudablemente, su obra más valiosa, y nos ofrece un mosaico de cómo era la España del siglo XVIII parangonable solamente con el cuadro de costumbres que nos dejó su amigo Moratín. A través de la lectura de estos dos autores se puede conocer perfectamente cómo era nuestro país entonces. El contenido son noventa cartas de las que 66 las escribe un joven viajero marroquí, llamado Gazel, que venía en la comitiva de un embajador de Marruecos, a su compatriota Ben Beley, contándole las costumbres y peculiaridades de nuestro país. Éste le responde en ocho cartas.

Hay un tercer personaje, un caballero español llamado Don Nuño Núñez, que es el que introduce a Gazel en nuestra sociedad y el que le explica lo que observa y le sorprende. Hay tres cartas de cada marroquí a Don Nuño y éste responde en cuatro a Ben Beley, y seis a Gazel. La obra no la vio nunca publicada Cadalso, pues sólo siete años después de su muerte empezaron a publicarse en "*El Correo*" de Madrid. El gran valor de la obra es su descripción de costumbres y las explicaciones que da a Gazel del porqué de las más extrañas. Es una obra que sólo podía escribirla Cadalso, que en su juventud se plantearía las mismas preguntas que ahora inquiere Gazel. Hay que unir a la extensa cultura del autor el conocimiento de idiomas, tan raro en aquella época, y el haber vivido en el seno de otras sociedades y poder contrastar sus formas de vida con las españolas, tan cerradas en sí mismas.

Tampoco vio Cadalso publicadas sus "*Noches lúgubres*" que, al igual que las "*Cartas marruecas*", se publicaron en "*El Correo*" de Madrid tras la muerte del autor. Las "*Noches*" surgen, como ya contábamos antes, de un intenso episodio de la vida de un autor y nos deja en la duda de si efectivamente responde a un pasaje vivido, o sólo soñado en el propósito y no llevado a cabo. Están redactadas al estilo de Young en sus "*Pensamien-*

tos nocturnos", cosa que admite el propio autor. Aunque las nueve noches de Young están escritas en verso, las tres de Cadalso son en prosa porque él conoció la obra de Young a través de la versión francesa, también en prosa, de Le Tourner. Pero él no intenta imitar a Young, sino aclimatar un género y una forma que responde a una moda europea que se estaba imponiendo: el Romanticismo

Cadalso es un escritor de su tiempo, empapado en la ideología de la Ilustración, que cree en el hombre, en la razón humana, pero que, en un momento de la propia sensibilidad, se expresa de una forma exaltada y lúgubre.

Las "*Noches*" que han llegado a nosotros son solamente dos y una tercera incompleta sobre cuya paternidad se plantean serias dudas. Son tres diálogos entre Teodato, que intenta rescatar el cadáver de su amada, y Lorenzo, el sepulturero, que le ayuda. Casi toda la primera es un monólogo de Teodato, en el que al final entra Lorenzo, todo ello en un ambiente macabro y terrorífico. En la segunda noche Teodato, fiel a la cita con el sepulturero, le espera en el cementerio cuando oye ruido de lucha y junto a él cae una persona que muere a sus pies. Llega la justicia que le toma por el asesino y le detiene.

En la tercera, una vez Teodato en libertad porque han cogido a los verdaderos asesinos, el diálogo breve se produce con el hijo del sepulturero, que le cuenta que su padre ha muerto esa mañana y él le sustituye. La obra termina con ambos protagonistas desesperados, cada uno desde la esquina lúgubre de su dolor. En medio de todo el léxico de frases entrecortadas, puntos suspensivos y gran cúmulo de horrores y exclamaciones dramáticas tan típicas del Romanticismo.

Una obra distinta a las anteriores, pero que nos da otra faceta más de la importancia de este autor tan vinculado a nuestra Comarca.